

# Un país con atributos

FERRAN MASCARELL

LA VANGUARDIA, 12.11.09

Releamos a Musil: si existe el sentido de la realidad también debe de existir el sentido de la posibilidad. Hagámosle caso. Dejemos los lamentos y pensemos qué queremos ser. Recuperemos la política, liquidemos la catarsis y miremos al futuro. Nadie lo hará por nosotros. Empeñémonos en reconstruirnos como sociedad y como país. Exijámonos un nuevo catalanismo -deucentista-. Dejémoslo surgir del esfuerzo de todos quienes rechazamos la realidad actual. Convirtámoslo en el lugar de encuentro de los ciudadanos que anhelamos un país mejor. Hagámoslo integrador y modernizador. Usémoslo para actualizar la idea de nación y nuestro modelo de bienestar. Convirtámoslo en sinónimo de orden, claridad, convicción y proyecto colectivo.

De poco sirve vindicarse como nación y pretender hacer frente a los retos del XXI con un imaginario del siglo XIX. El deucentisme es el nuevo catalanismo. Es el ideario de la renovación, de lo común, de lo que nos une, de quienes aspiren a mejorar este país, de nuestro derecho a ser plenamente reconocidos como nación en España y en Europa, de nuestra voluntad de ser una sociedad avanzada en derechos sociales, en economía y en cultura. Su punto de partida: mejor democracia, más unidad social, mejores partidos políticos. Se nutre de los partidos políticos, pero no sólo; también de la sociedad civil, de los emprendedores, del mundo académico, de los nuevos catalanes y de los jóvenes.

La sociedad catalana debe dejar de lamentarse. Tiene tareas pendientes. Por ejemplo: digerir de una vez el malentendido de 1978. Lo que aquí era un principio, en otros lugares era un final. Sólo hay un camino: emplazar la nueva estación término. Por ejemplo: liquidar la ambigüedad política. Por ejemplo: componer una estrategia política de largo recorrido. Por ejemplo: acabar con el modelo partidocrático que nos encorseta. Por ejemplo: actualizar los ideales, los objetivos y los viejos atributos colectivos.

La sociedad catalana debe reinventar el país y afinar la configuración del catalanismo. De un lado, se consolidará un catalanismo independentista. Está por ver si conseguirá ser más claro, creíble y eficiente que el actual. Obviamente si mantiene su oquedad abstracta difícilmente ampliará su influencia. De otro lado, se desplegará un catalanismo constitucionalista de espíritu federal. Marcará su destino su habilidad estratégica en relación con el Estado. Deberá ser preciso, contundente, unitarista y correoso. Deberá combinar excelencia en la gestión del autogobierno y capacidad de confrontación con el Estado.

El catalanismo constitucionalista y el independentista son opciones legítimas. Serán transversales. Sintetizan los dos derechos que Catalunya está defendiendo con políticas ambiguas y conceptualmente confusas. De un lado, el derecho a que el Estado sea también su Estado, adecuado a sus intereses. Para eso pagamos impuestos. De otro lado, el derecho a la independencia, si así lo reclama una mayoría suficiente de ciudadanos. Para eso somos demócratas. El futuro dirá: pero parece obvio que si España no acepta su carácter plurinacional a nadie podrá extrañar que en términos democráticos una mayoría de catalanes se incline por la independencia.

No es menos cierto que la independencia no puede ser una excusa para no ejercer un buen autogobierno. Usemos el Estatut del 2006. El Estatut debe ser defendido por todos los catalanistas y por los demócratas. Fue votado en referéndum; contiene herramientas suficientes para mejorar el país.

El catalanismo debe, pues, encarar su relación con el Estado con mayor convicción. Además España no está bien. Está en manos de una generación hueca, surgida de los aparatos de los partidos estatales, sin apenas memoria histórica. No se sienten implicados en los pactos de la transición. Afirman sin más que la Constitución de 1978 fue el punto final. Fuera de eso no tienen proyecto para España. Les enferma la idea de un Estado plurinacional. Están acomodados en un españolismo banal, de corte castellano y capitalino, apoyados por príncipes periféricos. Se gratifican diciéndose cosmopolitas. Administran el aparato del Estado a su gusto. Su afán es mantener lo conseguido. No son audaces. Uno de sus pocos argumentos es su populismo anticatalán.

Una España sin proyecto hace más imprescindible, si cabe, una estrategia catalana. Se impone una propuesta constitucionalista, clara, vindicadora, sin concesiones y acomodada también a los intereses de los catalanes. Se fundamenta en la exigencia de una nueva Constitución que consagre un Estado plurinacional y la consecuente adecuación de los principios, las instituciones del Estado y todos sus derivados. Los catalanes debemos tener un proyecto para España y el resto de los españoles deben conocerlo. Quizás no lo quieran. Pero entonces será más obvia la razón que empuja a más gente a sumarse al independentismo, hoy por hoy, para bastantes sólo una segunda y lejana opción.

En cada instante empieza un tiempo nuevo, no desaprovechemos el de hoy. Un país mejor se construye aprovechando todos los instantes y sumando todos sus atributos.